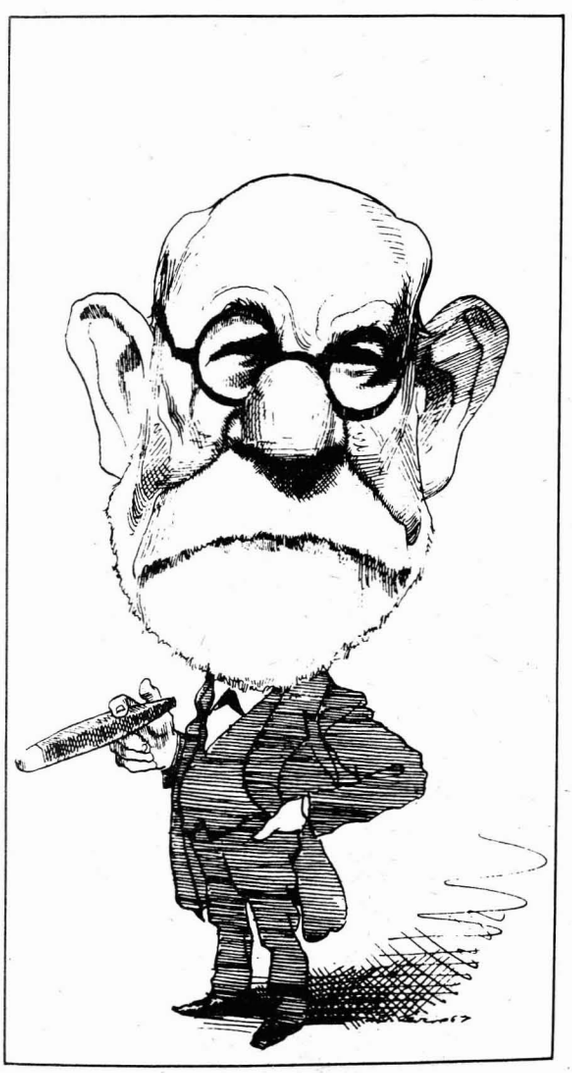
ERICH FROMM

¿POR QUÉ PASÓ EL PSICOANÁLISIS DE TEORÍA RADICAL A TEORÍA DE ADAPTACIÓN?

Aun cuando a Freud no se le puede considerar un "radical" ni siquiera en el sentido políticamente más general de la palabra —la verdad es que fue un liberal típico, con fuertes rasgos conservadores—, su *teoría* era innegablemente radical. Su teoría del sexo no era radical, como tampoco sus especulaciones metafísicas, pero su insistencia en el papel central que desempeñaba la represión y la importancia fundamental de la parte inconsciente de nuestra vida mental se pueden llamar radicales. Esta teoría era radical porque atacaba el último bastión de la creencia del hombre en su omnipotencia y omnisciencia, la creencia en su pensamiento consciente como fundamento último de la experiencia humana. Galileo había despojado al hombre de la ilusión de que su planeta fuese el centro del universo. Darwin de la ilusión de que hubiese sido creado por Dios; pero nadie había puesto en tela de juicio el que su pensamiento consciente fuese la base última en la que pudiera confiar. Freud despojó al hombre del orgullo que éste depositaba en su racionalidad. Se fue a las raíces —eso es precisamente lo que significa "radical"— y descubrió que una buena parte de nuestro pensamiento consciente sólo pone un velo sobre nuestros pensamientos y sentimientos reales y esconde la verdad; la mayor parte de nuestro pensamiento consciente es fingimiento, una mera racionalización de los pensamientos y deseos de los que preferimos no tomar conciencia.



El descubrimiento de Freud era potencialmente revolucionario porque pudo haber causado que la gente abriera los ojos a la realidad de la estructura de la sociedad en la que vive y, en consecuencia, el deseo de cambiarla según los intereses y deseos de la vasta mayoría. Pero aun cuando el pensamiento de Freud contenía tal potencial revolucionario, su aceptación general no logró que surgieran manifestaciones de dicho potencial. Mientras que el ataque principal de sus colegas y del público fue una campaña contra sus puntos de vista en cuanto al sexo, que violaban ciertos tabúes de la clase media europea del siglo XIX, su descubrimiento del inconsciente no acarreó consecuencias revolucionarias. Y en realidad esto no debe sorprendernos. El exigir directa o indirectamente una mayor tolerancia hacia el sexo estaba esencialmente en la línea de otras causas liberales, tales como una mayor tolerancia hacia los delincuentes, una actitud más liberal hacia los niños, etc. De hecho, el enfocar la atención exclusivamente al sexo hacía que en realidad la crítica se desviase de la sociedad y, por ende, ejercía en parte una función políticamente reaccionaria. Si lo que existía en el fondo del malestar general era la incapacidad de resolver los problemas sexuales de cada uno, no había necesidad de que se hiciese un examen crítico de los factores económicos, sociales y políticos que obstaculizaban el desarrollo pleno del individuo. Y por el contrario, al radicalismo político podía entendérselo como un signo de neurosis, ya que para Freud y la mayoría de sus discípulos el burgués liberal era el paradigma del hombre sano. Uno trataba de explicar el radicalismo de izquierda o de derecha como estallido de los procesos neuróticos de la índole, por ejemplo, del complejo de Edipo; y de una creencia política que no fuera la de la clase media liberal se sospechaba, *prima facie,* que era "neurótica".

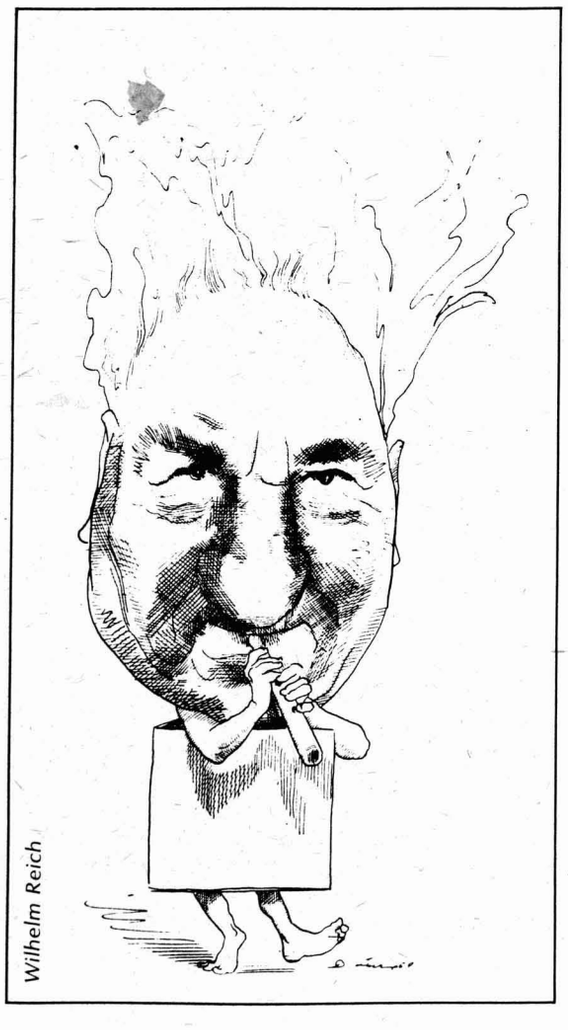
La inmensa mayoría de los psicoanalistas eran de la misma clase media intelectual urbana de la que procedía el grueso de sus pacientes. Apenas eran más de un puñado los psicoanalistas que sustentaban ideas radicales. El más conocido de ellos era Wilhelm Reich, quien opinaba que la inhibición del sexo crea caracteres antirrevolucionarios y que, por otro lado, la libertad sexual crearía caracteres revolucionarios. En consecuencia, formuló la teoría de que la liberación sexual determina la orientación revolucionaria. Desde luego, Reich estaba sumamente equivocado, como quedó de manifiesto en virtud de acontecimientos posteriores. Esta liberación sexual formaba parte, en gran me-

Erich Fromm (Frankfurt, Alemania, 1900) ha sido ampliamente traducido a nuestro idioma. El texto que ahora presentamos es un adelanto del libro *Grandeza y limitaciones del psicoanálisis de Freud* que Siglo XXI Editores publicará en breve.

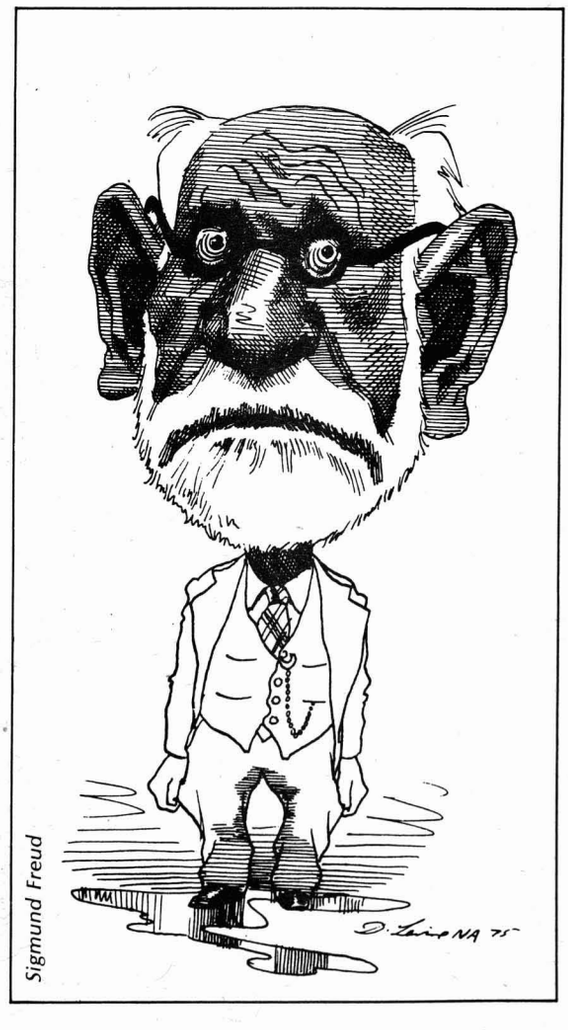
dida, del consumismo siempre creciente. Si a la gente se le enseñaba a gastar y gastar, en vez de a ahorrar y ahorrar, como en el siglo XIX, si se transformaban en "consumidores", no sólo se tenía que permitir sino que alentar el consumo sexual. Después de todo, es el más simple y barato de todos los consumos. Reich cayó en el error porque en su época los conservadores mantenían una moralidad sexual estricta y de ello llegó a la conclusión de que la libertad sexual originaría una actitud anticonservadora, revolucionaria. La evolución histórica ha mostrado que la liberación sexual sirvió para el desarrollo del consumismo y que si algo ha hecho es debilitar el radicalismo político. Desafortunadamente, Reich ni conocía ni comprendía gran cosa a Marx, y se le hubiera podido denominar un "anarquista sexual".

Hay todavía otro aspecto en el que Freud piensa como un hijo de su época. Era miembro de una sociedad de clases en la que una pequeña minoría era la que monopolizaba la mayor parte de la riqueza y defendía su supremacía mediente el uso del poder y del control del pensamiento entre los gobernados. Al dar por descontado este tipo de sociedad, Freud construyó un modelo de la mentalidad del hombre que seguía los mismos lineamientos. Al "id", o "ello", que simbolizaba las masas sin educación, se le tenía que controlar mediante el ego, que era la élite racional. Si Freud hubiera sido capaz de imaginar una sociedad libre y sin clases, hubiese descartado el ego y el id como categorías universales de la mente humana.

En mi opinión, el peligro de una función reaccionaria del psicoanálisis sólo se puede superar poniendo al descubierto los factores inconscientes que existen en las ideologías políticas y religiosas.[1] En su interpretación de la ideología burguesa, Marx hizo esencialmente por la sociedad lo mismo que Freud hizo por el individuo. Pero de lo que en general se ha hecho caso omiso es de que Marx esbozó una psicología propia en la que se evitaron los errores de Freud y que sirve de base para un psicoanálisis de orientación social. Distinguió entre aquellos instintos que son innatos, tales como el sexo y el hambre, y aquellas pasiones como la ambición, el odio, la acumulación, la explotación,



Wilhelm Reich



Sigmund Freud

Erich Fromm

etc., que se producen por el género de vida y, en último análisis, por las fuerzas productivas que existen dentro de determinada sociedad y que, en consecuencia, pueden estar sujetas a cambio en el proceso histórico.[2]

La domesticación del psicoanálisis y su transformación de teoría radical en teoría de ajuste para la sociedad liberal, mal pudo haberse evitado, no sólo porque sus practicantes procedían de las clases medias burguesas sino porque también pertenecían a las mismas los pacientes. Lo que la mayoría de éstos deseaban no era convertirse en más humanos, más libres y más independientes —lo cual hubiera incluido la mentalidad crítica y revolucionaria—, sino no sufrir más que el común de los miembros de su clase. No querían ser hombres libres sino burgueses de éxito y no querían pagar el precio radical que costaría el cambio desde el predominio del tener al del ser. ¿Y por qué habían de quererlo? Apenas veían a alguna persona realmente feliz; sólo unos cuantos que habían logrado hallarse relativamente satisfechos con su suerte, especialmente si tenían éxito y eran admirados por los demás. Este era el modelo que se esforzaban por alcanzar, y el psicoanalista, que desempeñaba el papel de este modelo, suponía qu el paciente llegaría a ser como él con sólo que hablase durante el tiempo suficiente. Naturalmente, había no pocas personas que, al hallarse ante alguien dispuesto a escucharlas con simpatía, se sentían mejor, aparte de que a medida que pasan los años la experiencia de la vida hace que el individuo común mejore su suerte, excepto aquellos que están demasiado enfermos para aprender de la experiencia.

Algunas personas políticamente ingenuas podrán pensar que si el análisis es una teoría radical, debe ser popular entre los comunistas y, en especial, en los denominados "países socialistas". La verdad es que gozó de cierta popularidad al comienzo de la revolución (el propio Trotsky, por ejemplo, se interesaba por el psicoanálisis y en particular por la teoría de Adler), pero eso fue así sólo mientras la Unión Soviética contaba aún con elementos de un sistema revolucionario. Al adquirir ascendencia el estalinismo y con el cambio de una sociedad revolucionaria a otra totalmente conservadora y reaccionaria, como lo es aún la Rusia de hoy, la popularidad del psicoanálisis fue disminuyendo hasta el punto de su desaparición. La crítica soviética dice que es idealista, que ignora los factores económicos y sociales, que es burgués; y desarrolla muchos otros puntos de crítica, algunos de los cuales no dejan de tener mérito. Pero el sustentarlos contra el psicoanálisis no es más que mera simulación, si quien lo hace son los ideólogos soviéticos. Lo que no pueden soportar del psicoanálisis no es ninguno de estos defectos, sino su gran logro, a saber, el pensamiento crítico y el recelo hacia las ideologías.

Desgraciadamente, el psicoanálisis ha perdido buena parte de su acicate crítico. Al concentrarse principalmente en el individuo, y especialmente en los acontecimientos de la primera infancia, ha desviado la atención de los factores socieconómicos.

En general, los psicoanalistas han seguido las tendencias del pensamiento burgués. Han adoptado la filosofía de su clase y, para todo fin práctico, se han convertido en sustentadores del consumismo. Aun cuando Freud no lo dijo así, sus enseñanzas se han distorcionado para dar a entender que la neurosis es consecuencia de la falta de satisfacción sexual (causada por la represión), de modo que una condición de la salud mental es la plena satisfacción sexual. ¡Una victoria del consumismo en todos los frentes!

Las formulaciones de Freud padecían de otro defecto muy grave: la ambigüedad del vocablo "realidad". Al igual que la mayoría de los miembros de su clase, Freud consideraba que la sociedad capitalista contemporánea era la forma más alta y evolucionada de estructura social. Esa era la "realidad", mientras que todas las demás estructuras eran o más primitivas o utópicas. Hoy, sólo los formadores de opiniones y los políticos que han quedado atrapados en sus propias sugerencias creen o pretenden creer tal cosa. Hay un número cada vez más grande de personas que se están dando cuenta de que la sociedad capitalista no es más que una entre innumerables estructuras sociales y que no es ni más ni menos "real" que la de las tribus centroafricanas.

Freud creía que la práctica de lo que él denominaba "perversiones" —no todas ellas actividades estrictamente sexogenitales— era incompatible con una vida altamente civilizada. Puesto que las prácticas sexuales de la pareja burguesa excluían toda "perversión", por ser una violación de la "dignidad" de la esposa burguesa, tenía que llegar a la conclusión trágica de que la felicidad plena y la civilización cabal se excluían la una a la otra.

Freud fue un genio alzando estructuraciones, y acaso no exageramos si le atribuimos el lema de que "las construcciones constituyen la realidad". A este respecto muestra afinidad con dos fuentes con las que en realidad no estaba familiarizado: el Talmud y la filosofía de Hegel. □

Notas

[1]. Los comunistas soviéticos han criticado a Freud por su falta de atención a los factores patógenos sociales. En mi opinión, esto es una racionalización de conveniencia. En un sistema cuyo centro es impedir que el ciudadano se dé cuenta de cuál es la realidad del sistema, y que se apoya totalmente en el lavado de cerebro de sus ciudadanos mediante ilusiones, la crítica del psicoanálisis en realidad no va dirigida contra la omisión en que haya podido caer al no otorgarles la importancia debida a los factores sociales, sino contra su intento radical de ayudar a los hombres a que vean cuál es la realidad que existe tras las ilusiones.

[2] Cf. K. Marx, *Manuscritos económico-filosóficos.*